

Essays by Arthur P. Whitaker, Roland D. Hussey, Harry Bernstein, John Tate Lanning, Arthur Scott Aiton, and Alexander D. Marchant. Introductions by Federico de Onís. Edited by Arthur P. Whitaker.—D. Appleton Century Company. New York. London.

*

Envío de don Julio Villoldo, La Habana: Fermín Peraza Sarausa, Director de la Biblioteca Municipal de La Habana:

Índice de *Cuba Contemporánea*. Municipio de La Habana (Departamento de Cultura). 1940.

Así lo deseáramos para otras revistas famosas de América. Cuba, una vez más, da el buen ejemplo.

*

Alfonso Reyes.—*La Crítica en la Edad Ateniense*. (600 a 300 A. C.).—México, El Colegio de México, 1941.

Bienvenida esta, aunque no tardía, suspirada edición de las lecciones dadas por Alfonso Reyes a principios de este año en la Universidad Nacional de México. El genial autor de esa Ifigenia Cruel, en que canta la protagonista, refiriéndose a los helenos

los pueblos estaban sentados, antes de que echárais a andar,

se halla tan bien hallado en tema de tal grandeza, que con sutilidad identifica la mota de polvo áureo y con soltura despliega los espacios. Cabe, por una parte, considerar esta obra como logradísima presentación arquitectónica de un incomparable dinamismo entrecruzado y aun disperso de aventuras intelectuales, harto más accidentadas que la empresa del vellocino de oro o la de Troya. Pero también es La Crítica en la Edad Ateniense ocasión holgada a la suma del espíritu de Reyes. Aquí está la riqueza —estilizada por la devoción al magnífico tema—, que acumuló en el ejercicio de sus antenas, que experimentó en el movimiento de sus alas. Aquí está el centro de sus meditaciones, la cifra de sus modos, el secreto de su calidad de maestro para presentes y venideros. Libro entretelado de seraciones, de síntesis, de continuas sugerencias luminosas, es a la vez, para quienes se hayan detenido a considerar el hombre y su obra, ambos descollados, un repertorio de confidencias.

Por el valor básico y eternamente estimulante de la materia historizada, por la realeza del autor, a un tiempo solícita y serena, en el saber, el pensar y el decir, este libro nace clásico en todos los sentidos de la palabra, con lo que dicho queda que merece viva y honda atención por parte de aquellos que se mantengan tenaces en la fe de que la suma calificación del hombre se consigue por la hazaña de la inteligencia.

JOSE CARNER

(Boletín Bibliográfico Mexicano, México, D. F., 31-X-41).

Con JUAN LUIS CAMPOS
en México, D. F.
Apartado de Correos 10428,
consigue Ud. una suscripción
a este Semanario

Esquiva

(En el Rep. Amer.)

No sé cómo comenzar. No lo sé. Tú, disculpa, pero confieso, pues debo, aunque sea sin saber cómo, decirte algo. Siento en mí que tengo que hablarte. Claro! no he de tener! Tú me has dejado y yo tengo sentimientos. Mira, tengo alma, corazón, manos y en las manos, dedos. Manos capaces de acariciar, corazón, de amar, y alma, como esas nubes que a la Virgen Sacra circundan en los grandes lienzos, limpia, nítida y frágil. Y los dedos, éstos los tengo para dar sonido al arpa de mi interior sentir, para que corran por las largas cuerdas armoniosas de ese instrumento maravilloso que se llama vida. Te das cuenta si tengo algo que decirte. Tú me dejas y yo tengo alma, corazón y manos y dedos en las manos.

Ingrata no eres, pues el no querer no es ingratitud; quizás, si a mucho forzamos, sea inadvertencia. Mas por qué he de llamarte ingrata si no correspondes mis miradas. Pero sí te llamo esquiva, y me atrevo a decirte también, aunque peque de inmodesto, Inadvertida!

No ves como te quiero! Te quiero como quieren los hombres, virilmente.

Te quiero como quieren las madres, con los ojos cerrados y el pecho abierto y los brazos extendidos. Y, así y todo, me dejas! Ya ves. Inadvertida! Cuando hubo momento en que la vida ha faltado en toda plenitud, el espíritu se hace acero y sólo los lapsos muy largos, lo corroen, lo rompen. Por eso el acero es paciente, por eso las almas que supieron esperar, son como el acero, duras, fuertes, relucientes por mucho tiempo, más calladas. Yo desconozco la vehemencia, cuando hube de esperar, en silencio, con cordura obligada, porque se agobia más el espíritu de lo contrario. Cuando las horas no han contado, cuando la noción misma del minuto se perdió. Los años pasan como monstruos pesados y lisos, mas pasan, pero por espaldas flacas, cuasi deshechas, ya rotas, muy pocos tendones y ya los nervios casi no viven. Y los pulmones? no hay aire! no, no hay aire! y el diafragma no se mueve... y se han paralizado las piernas y los dedos de las manos tiemblan. Dios, Dios mío, es menester que sufra tanto! Entonces la vehemencia se muere, pero crece el alma, mucho, desmesuradamente. Yo no sé ser vehemente, y a más, soy torpe, muy torpe. Pero así, con el pecho como cofre que sólo sufrimientos guardara, que sólo papeles de luto encerrara, yo también sé darles vida, muy profunda, a mis ruegos, a mis quejas. Me has dejado! Tú lo decidiste, tú lo ordenaste. En momento gris, ni siquiera esperaste a las doce, cuando el sol caliente la tierra entera. Ni pensaste el momento, tú lo ordenaste, rápidamente. Nihilista, nihilista, en el florido ramo de tu reconocimiento, a una mi expresión de cariño, venía la muerte anidada! Como sentencia que fulmina a reo. Pero mi delito fue amor, tal vez merecía mayor legajo. Pero yo no pretendo discutir, sino hablar, que hablemos los dos. Yo te ruego que me escuches, que me oigas. No frunzas el ceño ni como niño te desesperes sin saber el fin. Es necesario que me oigas, quizás mejor, que nos oigamos.

Querer y no ser correspondido es doloroso, mas peregrinos ambos, sufridores los dos ya en este caso, del mismo mal, razón de éste tu abandono, ¿no has sentido pena? Pena de no querer, pena de que no quieras que te quieran, como si al mismo dolor que sufrimos aumentarás, desdeñosa, el sufrimiento de todos los que penan de no ser correspondidos. Es como si oyendo, destruyeras tus tímpanos, porque la melodía de los vio-

lines te arrancara lágrimas de alborozo. Es decir: viene la alegría, la dulce alegría y tú que de ella tienes sed, te atreves la garganta, para no saciarte. Locura! Dirán las lenguas todas. Mirala, en azafates dorados la sirvieron opíparamente, y lo despreció todo, todo: vinos raros, faisanes, alubias, caviars y mieles; todo lo despreció, porque el maíz de la India no estaba en la mesa; y como tenía hambre, apetito, ha muerto de hambre. Quién con hambre no quiso comer en azafates de oro, manjares abundantes! Locura! gritarían las gentes.

Pero yo no te quiero, me dirás tú a mí. ¿A quién no quieres? te pregunto yo, ¿a la hora o a mí? Fíjate en las manos del reloj como pasan rápidas por la esfera; se esfuma, se va, se marchó la hora! No, que no puedo con el surco que cruza tu rostro. No ves bien, no. Mejora tu plano y ausculta, ay! que tocaste el pecho, ¿cómo suena? fuerte, muy fuerte. Quién lo hubiera creído!

El color de tu piel, no me gusta, me dices. No es blanca ni rosa, es verdad, razones tienes, más tócala! Cómo, ¿no contestas? dime, ¿es tersa o es dura? Si es tersa, la color no importa, serán mis manos terciopelos para acariciarte y la fuerza de mi pecho, para apoyar tu cabeza, tu todo. Y el cariño inmenso, grandioso, es la melodía eterna, que no muere, ni cambia, porque es la substancia misma, llorarás de alegría, jamás, nunca de penas.

Ay, si yo fuera poeta, te diría en ritmos toda una canción de amor. No lo soy, bien me duele. Mira, te diría que tu risa son cristales tallados do ebulle el champaña de rara manera, y que hay mil espías, músicos todos, esperando en vano robarse los divinos sonidos de tu magnífica garganta, mas en vano dije, porque todo lo tuyo entero lo quiero para mí. Tus manos, no diré marfiles, me callo el alabastro, tus manos! pues sólo tú tienes esas manos de blanco de espuma de mares antárticos. Tu corazón, trocaríanse mis músculos en hierros forjados y mi raciocinio perdería todo norte que no fuera la avaricia de custodiarlo, para que ni la luz le pudiera robar el color que tiene en tu pecho.

Mas me callo, el solo recuerdo de tu mirada me abate, me dobla más.

Yo podré hacer poesía sin saberlo, actuando, seguro. Nadie podrá negar que quien ama profundamente, ha convertido la vida en un bellissimo poema. Convirtámosla! te lo ruego!

Contéstame, piénsalo. Escoge el momento, todo está en tus manos. En las mías abunda de todo, de todo lo que tú me puedas pedir... Piénsalo, no malquieras a nadie y deja un servidor si es que la posibilidad de crear un poema nuestro, tú no la puedes sentir.

ANTONIO URBANO M.

Marzo-1942.

Dr. E. García Carrillo

**Electrocardiogramas
Metabolismo Basal
Corazón - Aparato Circulatorio**

CONSULTORIO: 100 vs. al Oeste de la
Botica Francesa

Teléfonos: 4328 y 3754